

precisa que queda suspendida en el aire, ávida de un corazón, no de tinta.

Lo mismo hay que decir de *Primeros poemas a un colegio* (pág. 14). Cinco movimientos de un bello poema que nos lleva, mediante un alto vuelo, a la instancia irrepetible del lugar donde nuestros mejores y peores días cumplieron ya una de sus citas y aventaron a la calle hombres con la frustración marcada en sus rostros, pero también allí una gratitud para siempre recordada. "A esa lívida capa de niebla/ le debemos algunos una parte de la vida/", comienza diciendo el poema para instalarnos ya en la evocación de aquel colegio que todos llevamos adentro, y termina en que "Es extraño que la acacia del patio muera/ y que la buganvilia en flor la esté velando". Metáfora que también la realidad le tiende a la imaginación. Toda la aventura del colegio queda enarbolada en la transparente imagen de la niebla (memoria que para siempre se resiste) que discurre lentamente por los espacios habitados en comunión con los amigos, los inefables profesores, la inauguración de cada juego, el irresistible sabor de la derrota.

Como he dicho, es la imagen precisa y la certeza del lenguaje que apunta al centro de la poesía, lo que confirma la madurez de este libro que, sin afanes ni ripios, deja escuchar una voz en propiedad.

Las tres partes en que se divide el libro (Las enormes adormideras, Amenaza del paraíso y Presencia secreta) son la infancia, el amor, la ciudad. No son en realidad divisiones, sino temas que se fundan en el ser interior, en la detenida observación, como si se tratara de un viaje, de los detalles a la vez pasajeros y trascendentes que la vida nos depara. Allí está el trazo mágico de la bola de béisbol, la amenaza de paraíso de una mujer y una ciudad que nos signa para siempre. Cote no generaliza. Tampoco hace un anecdótico. Habla de sus experiencias, pero con un lenguaje que transmuta. Lenguaje solidario porque hace mío su universo. Poesía amorosa, agradecida con el mundo porque le rinde el homenaje del respeto, del esmero, de la escritura cuidada y al tiempo desnuda y transparente. En dos puntadas deja en los

ojos del lector un trazo imborrable, como en *Amanecer*:

*El radio de acción
de la escoba
intenta en vano alejar
de las plazas sucesivas
este cerco de blancura
irremediable.*

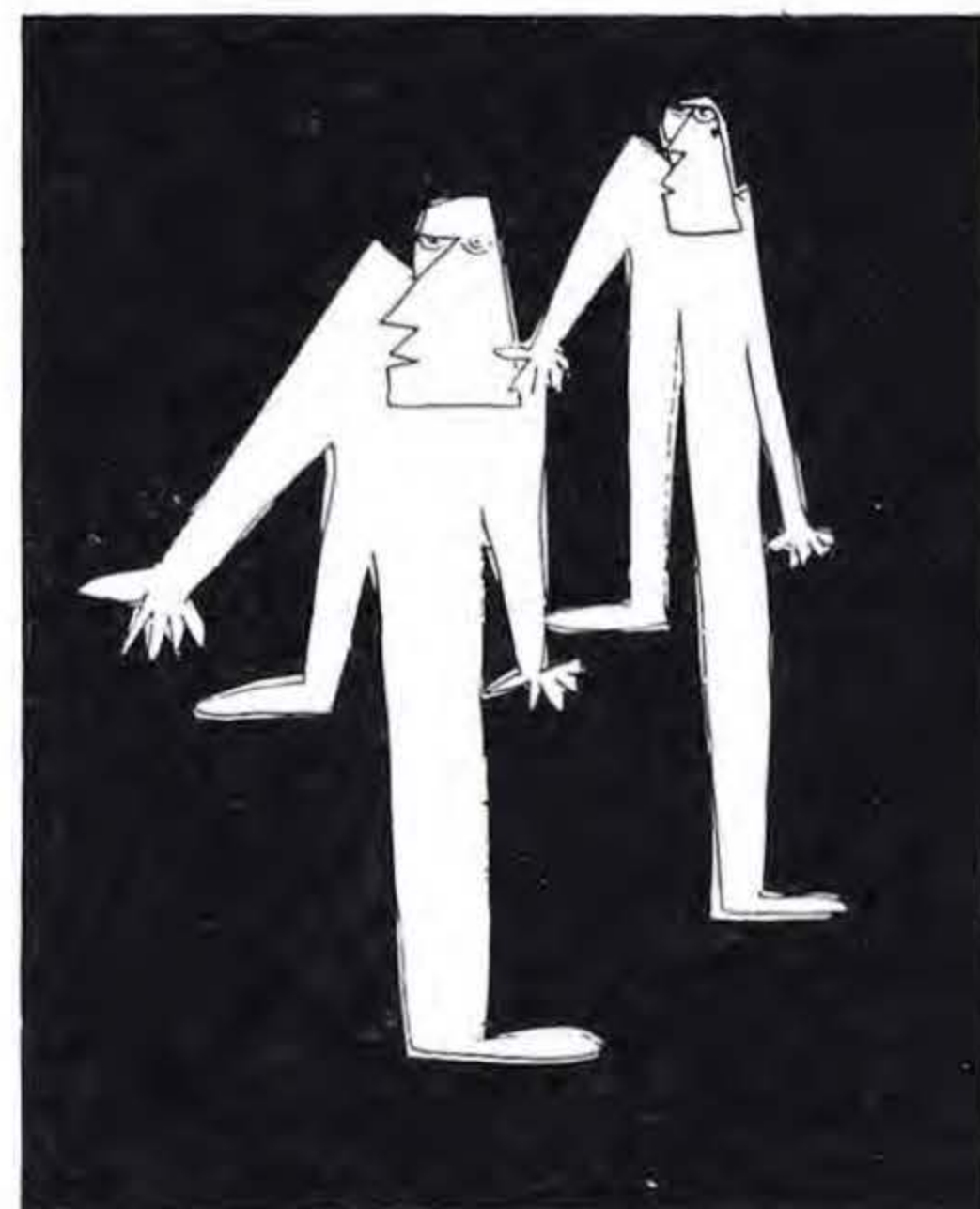
[pág. 47]

La imaginación no es la proliferación caótica de imágenes y metáforas. Se atiene a la realidad para soñarla. Desecha lo inútil y se apega a lo que le interesa: *El confuso trazado de las fundaciones*.

Aunque podría citar muchos de sus poemas como comprobación de su innegable plenitud, mejor será anhelar que este comentario anime a otros lectores, porque libros como éste bien los merecen. Me abstuve de introducir aquí, en lo que podría ser un cotejo o una prolongación de su lectura, los libros anteriores de Cote Baraibar, *Poemas para una fosa común* (1985) y *Los fuegos olvidados* (1986), porque creo, también, que deben ser los lectores (su curiosidad) los que emprendan esas relaciones. En mi caso, no quiero aparecer exhaustivo. Prefiero quedarme en el actual con la idea de su importancia en nuestra, a veces, lamentable tradición poética. Un libro más extenso que sus 69 páginas. Que rompe la gratuidad de lo fácil y deja en el lector la gustosa dificultad que provocará, seguramente, nuevas lecturas. Debemos alejarnos de la a menudo falsa ilusión de que hemos disfrutado un libro porque su primera lectura fue voraz y encantadora. En ocasiones, será un libro malo del cual hemos lamido el azúcar de que está hecho. En otras, y tratándose de un excelente libro, deberíamos quedar realmente enamorados de él, y, como a una mujer con la cual hacemos el amor por primera vez y ya la amamos, tendríamos que anhelar volver a sus imperios y recorrer ese paraíso hasta entablar una relación en verdad profunda. Repetir, al libro y la mujer, como en la página treinta y ocho de este libro:

*NO TE ABANDONARE
A LA PALABRA
Tendrás la movilidad
de la tierra. Si ahora te nombro
no es por cautiverio, si ahora
esta caligrafía del distante
te origina,
siempre será para
soltarte.*

LUIS GERMÁN SIERRA J.



El difuso curso de la poesía

El confuso trazado de las fundaciones
Ramón Cote Baraibar
El Ancora Editores, Bogotá, 1991.

El confuso trazado de las fundaciones es el tercer libro de Ramón Cote B. El primero, *Poemas para una fosa común*, apareció originalmente en Barcelona en 1984, y en segunda edición en el número 9 de la colección literaria Guberek (Bogotá, 1985). El libro, por qué no recordarlo, fue recibido jubilosamente por Darío Jaramillo Agudelo ("¡Aleluya, en Cúcuta ha nacido un poeta!", *Boletín Cultural y Bibliográfico*, núm. 2, 1984).

De este primer trabajo extraña en principio el título sepulcral que equivocadamente pareciera invocar una estética que llevaron al extremo versificadores decimonónicos como Julio Flórez. Pero no hay tal: el lector encuentra, contenida en un proceso de elaboración, una investigación sobre el lenguaje y sobre el tiempo poético.

Aquí la poesía es forma hecha de imágenes, que crean un espacio, evocan un sentimiento, establecen una simbología. No comunica ni encierra "mensaje". Despierta, acaso, emociones. Registra un instante, el del poema, que pasa por los ojos, la memoria, la imaginación, el conocimiento. Es la embriaguez del verbo, no hecho carne, sino aire estremecido. Dura lo que dura enunciar el nombre, dura lo que dura una resonancia, dura lo que tarda en desdoblarse en imagen lo leído para ser visto, como en *Carta rota*, uno de los más bellos poemas del libro:

*Lisboa me debe sus labios verdes
y su vino trenzado en sus murallas.
Alza tu copa profunda, asómate
escondida en tu ardiente celosía
para rodear el sueño de tus sílabas
y morder contigo la fruta sagrada.
Iza los estandartes hacia oriente
que una aldaba golpee tres veces
seguidas
cualquier puerta
y que me abra de par en par el
abandono
para saber que por fin he llegado
a Portugal.
Pronunciaré tu lento beso, al viento
y las jarchas caerán como ramas
secas en el río.
Abre tu nombre, dulce Lisboa,
para soñar el día en que a mi sombra
se la roben tus palomas.*

Acaso la fosa común sea la memoria donde partes sin nombre reposan a la espera de la resurrección de la carne. Por obra del poeta, los restos, las piezas separadas, las sombras, se arman y adquieren un cuerpo, una nueva vida, el poema:

*Por tu memoria, triste desconocida,
pasan las palabras convertidas en
brasas,
la historia de tus días humeantes
(las llamas devoran el Apeiron
de Anaximandro)
el fuego ladra entre la luz
y te muerde la cara.
[Esta tarde..., fragmento]*

O como en *Final*, poema que cierra el libro pero al mismo tiempo abre una ceremonia donde acaso con pa-

labras podrán desenterrarse y recuperarse los muertos, compañeros que te esperan sabiéndolo todo:

*a los muertos que recuerdan no tu
rostro, no tu altura,
no tu sombra ceñida desde el paso,
sino la rígida ausencia
que las mismas palabras fueron
cavando hasta levantar
un inesperado despojo
donde quedarás con la misma
medida y hondura
a la de una azada ciega;
a ellos que ya no te llaman por tu
nombre
cuéntales también de tu suerte
de ser la herida que convoca tantas
sangres
alrededor de una nueva y unida
soledad,
de tener la lengua empapada por
una anticipada feroz
saliva compartida.
Que te esperen algún día al borde
de los huesos
para iniciar esa aplazada ceremonia.
[Final, fragmento]*



En su último libro, Cote emprende ya no el recorrido por la fosa común, sino, por así decirlo, una investigación sobre el origen, extremo opuesto del sepulcro. El trazado de las fundaciones es confuso. Es la confusión de la poesía que transcurre por el misterio. Y al poeta no le es dado, por ahora, develarlo. Más bien, nombrarlo:

*Hay una temporada para la apertura
de las enormes adormideras,*

*y por todas partes surge
esa porción de pájaro que nos
pertenece.
La mano que se acerca a tocar
todo lo que se le ofrece
provoca su último y más lento
parpadeo.*

Así pues, las fundaciones se asientan en la infancia, esa "cumplida maravilla" (pág. 17), ese "picaflor que golpea/los grandes ventanales" (pág. 20). También en el colegio, donde "la bestia de la vocación comenzaba a tener miedo" (pág. 15) o donde la certeza de la desolación y el abandono trascurre por los patios vacíos "y sólo se oyen los ladridos/ de un perro que viene corriendo desde el fondo" (pág. 17).

Allí, en el escenario de la infancia, el poeta parece evocar de lejos al Aurelio Arturo de *Morada al sur*:

*Después, de entre grandes hojas,
salía lento el mundo.*

Hay enormes adormideras y también un jardín, los árboles, las botellas azules, "el cielo sin caducidad" (pág. 28). Allí "todo era tan grande, tan alto, que daban ganas de volar" (pág. 28).

Pero detrás de todo eso, de ese mundo donde las pompas aéreas flotan "en la profunda siesta del olor", alguien percibe, finalmente, y de manera inexorable, que la infancia —esa especie de llama al viento— se ha apagado:

*La infancia ha desaparecido
apretando su arma
más amable
y su feroz brillar de ojos.
Crecemos con la noción de un
ídolo que se deshace.
Siempre soplará una brisa de ese
lugar
que ya no tiene sitio en nosotros.
Todo se pierde cuando más hermosos
estaban los árboles.
Sólo se prolonga aquello que
sabemos que se extingue.*

Con su desaparición, las fundaciones han quedado establecidas, aunque sin una clara cartografía que demarque su precisa ubicación. Y esta es la atónita, la irremediable despedida:

*¿Qué nos queda de tanto prodigio?
Sólo el constante aviso
de su desaparición,
su solitario golpeteo de cañería,
su lluvia año tras año,
su clima.
[fragmento]*

Sobre tales bases una arquitectura comienza a edificarse, a sabiendas de una incógnita que apenas acaso podrá evocar. En *Amenaza de Paraíso* y *Presencia Secreta*, segunda y tercera secciones del libro, la ciudad comienza a formar parte del trazado, al igual que el amor, con un sentimiento de magia y de misterio:

*Por primera vez escribo tu nombre,
Abdera,
y surge la curvatura de una ciudad
de adobe y casas bajas
y hombres que ven el mundo
en el tránsito de una rosa.
Esta ciudad la construye
el paso del día y al atardecer
desaparece, y el aire queda
como si nada hubiera sucedido.*

Desde su presente, el poeta comprende que hay un viaje a lo perdido que es inútil y que, de emprenderlo, lo podrá convertir en una estatua de sal:

*El que vuelve a lo perdido
permanecerá de pie junto a lo
intocable.*

*El que intente crear el encantamiento
caerá derrotado.*

*El que desee de nuevo esa música
que se despida para siempre.*

*Ya las palabras no durarán
el tiempo que tarda una mosca
en recorrer una lámpara,
ya no habrá sitio.*

*Por aquí pasó el tiempo y su túnica
sin regreso.*

La desesperanza y el desencanto resignado parecen apoderarse del final del libro. La morada perdida de la infancia bruscamente cede la vía a un adulto cuya mirada descontenta deambula por espacios: patios, puertas, luces, helados climas, la ciudad que gotea, repetidas hortensias, terrazas, "el largo desamparo de las ramas" (pág. 59) y el descubrimiento de que "un paisaje es una lengua" (pág. 68).

Para anunciar, por último, con un cultivado escepticismo de quien ya tiene su verdad:

*Traigo del mundo su furor
contagioso
su lección inacabable.
Pero, ¿qué podemos ser
si todo lo que vemos
nos tapa los ojos?*

El mundo es ahora digno de desconfianza y el poeta queda suspendido en una pregunta, tratando de saber qué hacer con su mirada.

SANTIAGO LONDOÑO VÉLEZ



Una semántica de lo verde

El confuso trazado de las fundaciones
Ramón Cote Baraibar
El Ancora Editores, Bogotá, 1991, 69 págs.

¿Qué otra cosa es la poesía sino amenaza o sombra del paraíso? Sobre esta convicción está nitidamente trazado este tercer poemario de Ramón Cote Baraibar.

El desdichado Adán es sin duda el culpable del género poético. La fábula del primer jardín y del primer destierro toma cuerpo en cada hombre. Desde él esa cosa botánica, agraria, siempre asediando. De su última mirada aferrándose a lo verde brota lo azul

que decía Hugo y repite Darío; la nueva patria se instaura en el poema.

La lírica, se sabe, es sólo una épica interior. Una épica que previsiblemente no abunda en hazañas o héroes; pero en el inevitable combate librado en el deseo, a la espada del ángel el hombre sólo puede oponer el leve o salvaje resplandor de la palabra.

El libro se articula en tres partes: I. *Las Enormes Adormideras*; II. *Amenaza del Paraíso*; III. *Presencia Secreta*. Los temas de la infancia, el amor, la ciudad, respectivamente. Su evolución en estos tres movimientos, estructurados sobre la imagen del paraíso, dibuja la voluntad del exiliado que sabe imposible el retorno, que sabe que sólo resta ejercer la larga, y tal vez inútil, oposición de la poesía.

El paraíso como condición de existencia, como conspiración que se fragua cotidianamente en los más secretos conciliábulos del alma, configura a todo lo largo del texto una suerte de semántica de lo verde. El ámbito primordial —y su pérdida— nombrado como fusión con lo arbóreo, posesión de un lenguaje que es tacto y participación de la sustancia única de las cosas:

*ESTAS HERIDAS
que tengo en los codos
son el último
abrazo,
de los árboles [pág. 19]*

Imagen que define el origen de toda orfandad. Infancia y paraíso confundidos, vibrando en el mismo diapason de la invención o el recuerdo. El espacio de la plenitud que se rompe. El círculo mágico de la naturaleza que cede el paso al mundo del hombre, donde aletean ya no los ángeles expulsos armados con espadas de fuego sino los severos profesores armados con la tiza y el repertorio de las "palabras impuras" que inauguran y sostienen el nuevo orden.

El insobornable ímpetu de recuperación de ese lenguaje asalta en la imagen de la mujer-fruto:

*Me asomo al nuevo mundo
por encima de la manzana de tu
hombro
[Origen, pág. 34]*